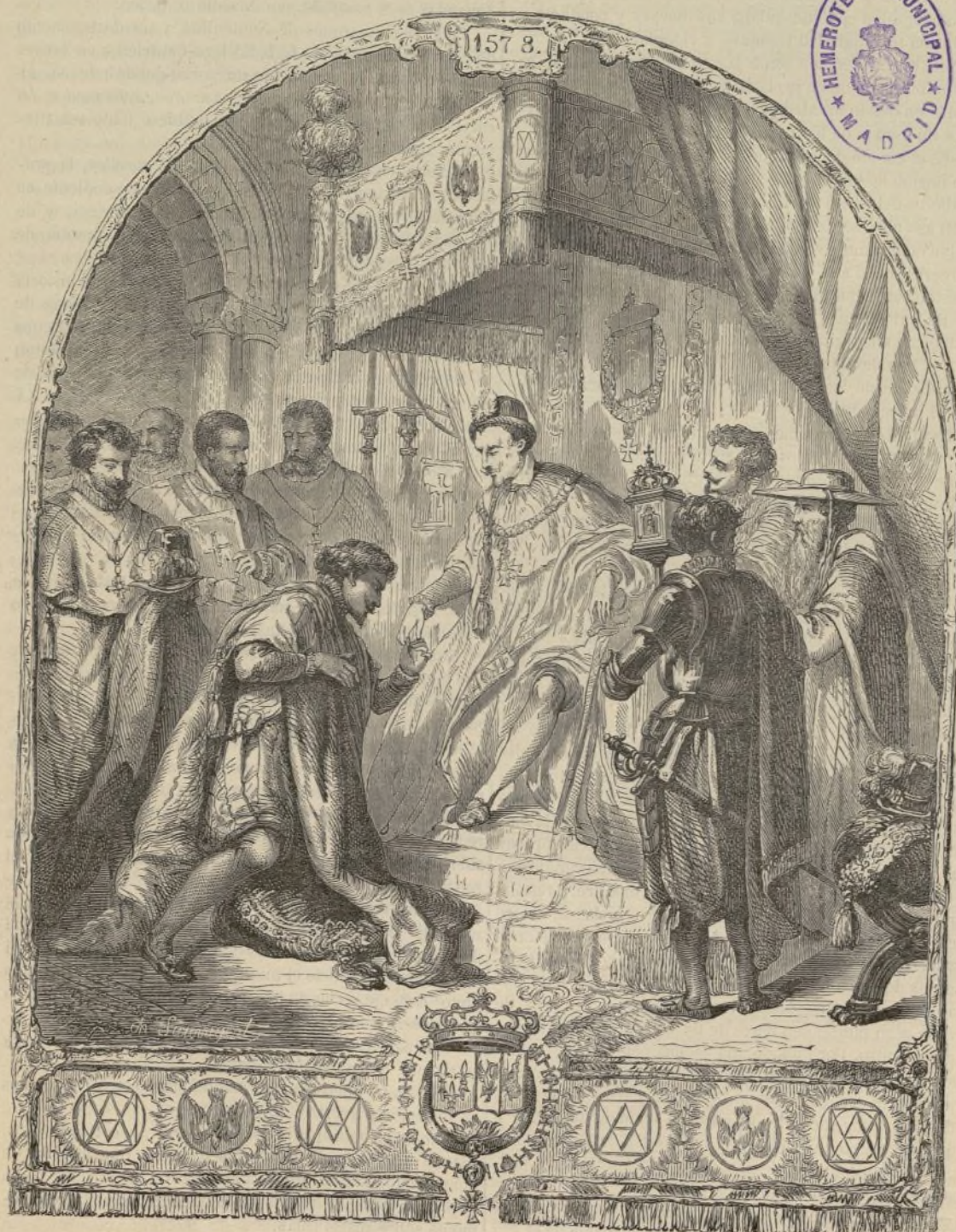


GRANDEZA Y DECADENCIA DE UN CABALLERO DEL SANTO-SPIRITU.



SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 31

Hace algunos años, viajando por Finisterre, me detuve una tarde al pie de un antiguo castillo, el de Ker, y allí encontré, al extremo de un campo, un aldeano cuya fisonomía me cautivó.

Era un anciano de mas de ochenta años cuya blanca cabellera, todavía rizada, cubria sus hombros, y parecia mas bien al rey Lear que un simple labrador. Llevaba como un cetro el aguijon con que guiaba sus bueyes y conducia su arado con una dignidad tranquila y vigorosa.

Noté que su cercado tenia por guardacantones una espada cubierta de moho hacia tal vez siglos, y una piedra esculpida en donde los atributos del Santo-Spíritu se mezclaban á un escudo de lises cruzadas.

—Es el escudo de mis abuelos, respondió á mi pregunta, y yo mismo he hecho parte de la última promoción de los caballeros del Santo-Spíritu en tiempo del rey Luis XVIII.

Me asombro se cambió en respeto y aun en admiración, porque el anciano no añadia ni una queja á su confianza y me representaba á la vez la nobleza de raza y el sentimiento del estoicismo filosófico y de la resignación cristiana.

—Hace doscientos años, continuó, mi familia poseia ese castillo con dos leguas del país á la redonda. Las revoluciones nos han despojado, y no queda mas á mi y á mis nietos que este cercado, que nos basta, pues que nos hace vivir felices é independientes.

Terminó ofreciéndome la hospitalidad en su cabaña, leche pura y huevos frescos, y le seguí en efecto á su mansión donde me recibí con tan sencilla grandeza, como un rey de Francia en su Louvre ó en Fontainebleau.

El único mueble que recordaba su pasado ilustre era un cuadro escrito á la mano, con marco dorado, en el que leí estas líneas históricas:

«Jes Juan, conde de Ker, nombrado caballero del Santo-Spíritu, por S. M. Luis XVIII, despues de haber hecho las pruebas de su nobleza hasta la segunda cruzada.»

Encima habia un antiguo grabado, de que damos copia á nuestros lectores, y sobre él estas cortas noticias de la orden del Santo-Spíritu.

«Orden creada por Enrique III el 31 de diciembre de 1578 en memoria de tres acontecimientos acaecidos el día de Pentecostés: su nacimiento, su elección para el trono de Polonia y su coronación como rey de Francia. La orden se componia de cien caballeros incluso los príncipes de la sangre. Para ser nombrado individuo de ella era preciso probar tres generaciones de nobleza y haber sido condecorado con el collar de San Miguel. El rey, su gran maestro, prestaba juramento á su consagración. Habia nueve prelados, cuatro cardenales, cuatro obispos ó arzobispos y el gran capellan de Francia. El collar del Santo-Spíritu se componia de H coronadas de flores de lis y trofeos de armas de oro y de llamas de fuego. La condecoración consistia en una cruz de oro de ocho puntas con flores de lis en los cuatro angulos y en el centro. Por un lado una paloma con las alas abiertas, y por el otro un San Miguel de oro esmaltado. La divisa era; *Duce et auspice*. Todo se llevaba al cuello al principio y despues atravesando los hombros, á manera de banda ó cinta azul celeste. Abolida en 1789 la orden del Santo-Spíritu, fué restablecida en tiempo de la Restauración, y desapareció por último en julio de 1830.»

—¿Y quién posee hoy vuestro castillo y vuestros dominios? pregunté al conde-campesino al despedirme de él,

—Un antiguo palafrenero, me respondió sin desden; un valiente soldado que ha llegado á ser general, millonario y baron. Somos los mejores amigos del mundo, y juntos meditamos sobre la nada de las grandezas humanas.

Acordábame de esta admirable lección de la historia, dada por el viejo caballero del Santo-Spíritu, cuando encontré el segundo capítulo de ella y la confirmación en las *Leyendas de la campiña*, por Alejandro Assier.

En 1778 el marqués de Nanteuillet y un destacamento de guardias de corps de Luis XVI se detuvieron en Troyes por orden de S. M. delante de un portal donde habia un miserable taller con esta muestra: *Enrique, reformador del calzado humano*, (que cualquiera hubiera leído sencillamente: *zapatero remendón*.)

Tal era, en efecto, en el arrabal de Croucelles, la profesión de Enrique de Valois Saint-Remy, descendiente en línea recta y muy auténtica de Enrique II de Francia y de la propia sangre de Francisco I, jefe de la familia de Valois.

Habíase sabido un día en la corte de Versalles la historia de esta increíble degradación, las aventuras de Juana de Valois, hallada descalza de pie y pierna en la calle de Reims y convertida en la demasiado famosa condesa de la Motte; la muerte ocurrida en el hospital en 1759 de Enrique de Valois, digno padre del zapatero de Croucelles, y Luis XV habia mandado al marqués de Nanteuillet que fuese á buscar á su *real primo* y ofrecerse á su disposición.

La entrevista fue de las mas chuscas.

Cuando el marqués y los guardias se adelantaron respetuosamente con el sombrero en la mano, el zapatero, reparando en su calzado de tafete con hebillas de plata adornadas de brillantes, les dijo sin afectarse:

—Señores míos, venís equivocados; yo no trabajo sino de viejo. Dirigíos á casa de maese Cristóbal, que es el primero que veis á la derecha, al final de la calle.

El marqués dijo su nombre y espió de parte del rey con muchos cumplimientos, los motivos de su visita.

Entonces el último de los Valois se quitó su gorro de algodón, derribó de un puñetazo tres botas, y ofreció un escabel al marqués. El portalillo era demasiado estrecho, y los guardias contemplaron la escena desde la parte de afuera y al través de un cristal remendado con papel.

El rey quiere volver á levantar vuestra ilustre familia y reparar los desastres de la suerte. Ya la señorita, vuestra sobrina, ha recibido y experimentado los efectos de la real solicitud.

—Mucho dudó que puedan hacer nada bueno con esa tuntueta. Mirad, señor marqués, yo no envidio la corona de Francia á nuestros primos de Borbon; soy el amo en mi casa y contento á todo el mundo: ¿puede decir el rey otro tanto? Esto me recuerda ahora un trabajo urgente que tengo que hacer... con permiso vuestro.

Y el zapatero filósofo se puso á trabajar en su horma y su tirapié, escuchando al marqués.

—Si vos no quereis nada, añadió éste, pensad al menos en los señores vuestros hijos.

—No valen mas que la sobrina; pero... acepto por ellos. Este es negocio suyo. No se ha de decir que uno da un puntapié á la suerte. Mucho me alegraría ver si el rey podia hacer con ellos, lo que yo jamás he logrado: una buena remonta sobre malas palas.

El marqués celebró mucho la frase, y todos los guardias vinieron á saludar al primo de Luis XV.

Despidiólos con aire desembarazado y tornó á su trabajo y á tararear su cancion.

El señor de Nantouillet se habia pegado á el escabel, que estaba untado de pez, y llevaba el asiento colgado de los calzones sin poder separarse de él, lo que logró á duras penas dejando un pedazo de seda de los calzones, con gran risa del buen hombre.

Enrique Valois fué rehabilitado y hecho conde. Sus hijos entraron en el servicio militar, pero no se logró levantarlos de su postracion.

La remonta no valia nada, como decia el zapatero, y los últimos Valois están todavia en Troyes en la calle...

Los Borbones mismos desde aquella época, han caido dos veces del trono.

¿Y por quién nos es dada la moralidad de esta historia, en el momento mismo en que acabamos de referirla? Por un Napoleon, ayer proscrito y prisionero, hoy emperador y uno de los árbitros del mundo.

El conde de Persigni, ministro de Napoleon III, decia al augurar en Mombrison los trabajos de la sabia sociedad de Diana en la antigua sala de los escudos de Foret, toda entapizada y cubierta de blasones y leyendas, «la movilidad de la fortuna, de los títulos, de los feudos y de las tierras ha sido el mismo en todas las faes de nuestra historia. De siglo á siglo se ve á labradores y artistas elevados por sus conciudadanos á la nobleza y vice-versa. No hay tal vez una familia en nuestra provincia, que en esta inmensa y constante revolucion de lo alto á lo bajo, y de lo bajo á lo alto, no haya pasado desde hace novecientos años por los diversos grados de la escala social. Es una ley matemática que cada individuo de una nacion tiene por antepasados en una época determinada la poblacion de aquella nacion toda entera... Ved la verdad de las genealogías y los principios que deben presidir á la educacion de las familias, y no esas reglas de orgullo, de vanidad y mentira que las han estraviado por tan largo tiempo. Si, en efecto, cada uno pudiese conocer su verdadera genealogía, el noble mas antiguo sabria que tiene parientes en las mas humildes cabañas y alargaria la mano á sus hermanos con la caridad mas simpática; y estos, al ver representantes de su raza en las mas altas posiciones de la sociedad pasarian con menos envidia al lado de los detentadores actuales de la riqueza... Dos pueblos han comprendido así la familia, los árabes y los escoceses con sus *tribus* y sus *klanés*, cuyos miembros toman todos el mismo nombre. Nosotros somos tambien el *Klan de Foret*. Esos blasones y esos emblemas son nuestra gloria, gloria de todos. ¡Obremos, pues, cual buenos ciudadanos honrando las cenizas de nuestros padres!»

¿Qué comentario mejor de nuestra leccion de historia que estas sensatas palabras tan originales que tocan en el atrevimiento, en una ocasion en que los espíritus medianos hubiesen usado frases ligeras y lugares comunes?

Bossuet y Massillon no hubieran dicho mas; solamente hubieran anadido: ¡Dios únicamente es grande!

PENSAMIENTO. La limpieza es una virtud que se ejercita con agua clara, un peine, un cepillo y una escoba.

CUADRO

DE LAS VARIAS EPOCAS DE LA VIDA HUMANA.

La vida del hombre es un viaje rápido, pero muy importante, porque le impone la obligacion de adorar á su Creador y de mejorar la suerte de sus semejantes, practicando todas las virtudes religiosas y sociales; debe, pues, aficionarse á la vida como el que emprende un camino, que pueda conducirle á la beneficencia y á una eterna bienaventuranza. Tiene, sin embargo, que luchar con miles de fantasmas é ilusiones, que toman una forma de verdad para conducirle al error, que puede tan solo evitar con adquirir el profundo conocimiento de sus derechos y deberes, y llegar á conseguirlo si se propone como su principal objeto examinar todas sus acciones y refrenar sus deseos inmoderados. Los placeres fútiles, que le rodean, y le arrastran hácia el precipicio, llevándole por una pendiente sembrada de flores, son el principal escollo en que suele tropezar la juventud. Muchas seducciones engañan su vista, y le impiden distinguir la luz saludable de la razon. Debe esforzarse, pues, en perfeccionarla, empapándose en los sentimientos puros de la religion, cuyos preceptos inspiran la práctica de todas las virtudes. Dos géneos benéficos, la religion y la sana filosofía, procuran constantemente dirigir nuestra marcha por el buen camino, que puede conducirnos á un reposo consolador en este globo que habitamos, y á la felicidad en las esferas celestes. El que se separa de estos dos géneos y abraza los espectros engañosos que toman su apariencia y su lenguaje, no vé mas que ilusiones; pero todas se disipan, y los prestigios se desvanecen cuando el hombre, agobiado por las fatigas y los años, inclina hácia la tierra su cuerpo encorvado, y entonces no puede levantar ya sus miradas para fijarlas en el cielo, que parece entoldarse y mostrarle en letras oscuras esta sentencia: *la naturaleza te ha condenado á morir*. Cuatro épocas diferentes dan un aspecto variado á nuestra carrera mortal: la infancia, la juventud, la edad madura y la vejez. Cada una de ellas tiene sus placeres, sus pesares y sus peligros. Todas ofrecen á nuestras miradas un mundo, la felicidad y la verdad, pero bajo aspectos muy distintos; y en cada una de las cuatro épocas parece mudarse todo á nuestros ojos con un movimiento incesante, como el de la tierra. Vamos, pues, á describirlas, recopilando en cada época de la vida humana aquellos principios, que pueden formar nuestro corazon, inspirándole sentimientos virtuosos, y educándole segun las doctrinas, que llevamos espuestas en varias de nuestras obras y artículos literarios y científicos.

El hombre cuando abre sus ojos á la luz del mundo, es semejante á una flor hermosea de vivos colores, y que exhala efluvios olorosos y encantadores. Tan luego como, estando todavia en la cuna, comienza á tener conocimiento de los objetos que le rodean, manifiesta sentimientos de piedad y dulzura. Acaricia con sus pequeñas manos muy delicadas á la madre, que le ha llevado en su seno, que le prodiga su mas entrañable afecto, y que deposita en él todos sus cuidados. Si el niño la ve derramar lágrimas, se entristece y llora, si la vé sonreirse, se alegra y acompaña sus

sonrisas. Todos los objetos terribles le amedrentan, y en todas sus acciones se muestra inclinado á la piedad, al amor, á la ternura. Esta breve descripción de sus instintos, acompañados de los primeros destellos de la razón, nos da á conocer que el hombre no es un ser malvado, como han supuesto algunos filósofos perversos, sino una criatura racional, que lleva en su corazón los primeros gérmenes de la virtud y de la benevolencia; pero en esta edad infantil, todas sus facultades intelectuales son blandas como la cera, reciben con anhelo las primeras impresiones, y se estampan con mas fuerza que en todas las otras épocas de su carrera mortal. Debe ser, pues, el primer cuidado de sus padres dirigir sus instintos y su razón por el buen camino, no con el rigor, ni con los preceptos, porque el niño se irrita con el primero, y no comprende los segundos. Los padres en esta edad tan débil, pero tan impresionable, en esta edad en que el niño balbucea y no habla, en esta edad en que cada uno de sus movimientos es el producto mas bien del mecanismo animal que de la razón, en esta edad los padres pueden amoldar su alma y su cuerpo, bien sea de un modo ó de otro. Usen, pues, delante de los niños, el lenguaje mas casto y modesto, den á sus pasiones nacientes de la benevolencia y de la piedad una aplicación práctica hacia sus semejantes, y procuren refrenar sus movimientos involuntarios de cólera é ira. «Una caricia de la madre, dice el naturalista Buffon, es el placer mas expansivo que embriaga el corazón del niño; separarse de ella es su primera pesadumbre; el reconocimiento y el amor filial son sus primeros sentimientos: con estos empieza á vivir. El niño, pues, ama y quiere ser correspondido.» Otro escritor nos ha dejado también una pintura mas estensa de la edad infantil, y nosotros no queremos pasarla por alto, persuadidos de que merece ocupar estas columnas. Vamos á transcribir sus mismas palabras. «Al niño todo le encanta, todo le infunde alegría: una multitud innumerable de sensaciones muy vivas y de placeres suaves penetra en su alma, mediante la acción de nuestros cinco sentidos. Todos los objetos, que le rodean son nuevos, porque no conoce todavía el mundo; cada fenómeno natural y sencillo se presenta á sus sentidos como un descubrimiento; cada ensayo de sus pequeñas fuerzas físicas y de su razón le llenan de gozo; todo el universo le sorprende, y le parece que los objetos exteriores le ofrecen una mezcla y matices de colores muy ricos y variados; la acción de los cuerpos, que se agitan, halaga sus oídos con nueva armonía; y el aire, embalsamado con el aroma que exhalan las flores, produce en su alma un éxtasis casi celestial. El tejido delicado y trasparente, que tapiza con rosados colores sus labios hermosos y el interior de su boca, contribuyen á dar á sus ordinarios alimentos un sabor tan delicado como el del néctar y de la ambrosía, que segun nos refieren los vates, alimentaban á los antiguos dioses.

Cuando el niño juguetea todavía en su dorada cuna, el mundo despliega á sus ojos un horizonte risueño y cada vez mas nuevo; su reposo y su sueño tienen algo de celestial; su balbuceo encanta y seduce mas que las melodías armoniosas de las notas musicales; y todos sus movimientos manifiestan gracia y dulzura. Pero tan luego como llega la infancia á su término, y su cuerpo robustecido nos presenta la imagen lozana de la juventud, el mundo adquiere un aspecto muy distinto para los que entran en el abril de sus años. Entonces anhelan separarse de la patria potestad; y el horizonte,

que se presentaba al niño risueño y encantador, adquiere cierta luz nueva, que deslumbra la vista de los jóvenes. Entonces el corazón empieza á ser agitado por pasiones violentas y borrascosas, y una multitud de deseos produce un choque perenne, que turba la tranquilidad de nuestro espíritu. El niño se ha visto rodeado de amigos y defensores; pero el joven descubre en su derredor émulo, rivales y hasta enemigos. El niño ha vivido tranquilamente, pero el joven se ve espuesto á una continua lucha, ya porque no puede lograr lo que anhela, ya porque lo devoran pasiones violentas y encontradas, que le combaten en varios sentidos. Procura desembarazarse de todos los obstáculos; arrostra con atrevimiento todos los peligros, y se manifiesta impaciente de gozar una desenfrenada libertad; pero sus acciones se enlazan con los deberes que exige el cuerpo social, y toman un carácter de responsabilidad que no tienen las del niño, cuya inocencia lo pone al abrigo de toda culpa y de la censura. El joven, pues, se ve en la precisión de sujetar sus acciones al deber, de observar con escrupulosidad los preceptos de la moral, y no puede separarse, bajo ningún concepto, de lo que prescriben las reglas de la justicia. Su estado, sin embargo, es el mas violento, porque las pasiones le producen embriaguez, el mundo encantado, su edad y el halago de los placeres, prestigio. Todos los bienes de la tierra, todas las ventajas de la sociedad, todos los hechizos de la vida y todas las ilusiones producen en su mente una fermentación sin límite: su porvenir es indeciso, pero sin término; y el anhelo de satisfacer sus deseos y placeres oculta á sus ojos los pesares y los arrepentimientos que suelen acompañarles. El joven que disfruta de una salud lozana, cree que tiene bastante poder para sujetar á su mando la naturaleza, y que no debe afligirse con la idea de una muerte prematura, porque la supone poco probable. Con efecto, no emplea sus fuerzas con economía, sino que las prodiga; derrocha el dinero y cree, que puede fácilmente reconquistar lo perdido; la idea del placer lo domina; el trabajo lo molesta, porque lo supone contrario á su libertad; y todos los obstáculos, que se interponen á sus deseos, procura mas bien salvarlos que vencerlos. Los jóvenes experimentan todos, aunque en diferente escala, esta multitud de contrastes y afectos, que hacen muy difícil su educación; los unos se dejan arrastrar por su vanidad; otros dan oído á las lisonjas de los aduladores; otros se vanaglorian de sus mismos vicios; otros se abandonan á frivolidades culpables, y otros hasta se avergüenzan de practicar la virtud. Todos se esfuerzan en aparentar cierta despreocupación, que ofende los principios de una rígida moral, porque los suponen poco convenientes á su alegría juvenil, y todos adoran como divinidad las ridiculeces de la moda. Son muchos, sin embargo, los que pagan sus placeres fugitivos con desgarradores remordimientos; y en vez de la mucha felicidad á que aspiran, se hallan sumidos en un abismo cenagoso, poblado de serpientes, que intentan hacerles su presa. Estas serpientes son la imagen alegórica de sus vicios y desmanes: destierran, pues, los jóvenes de su corazón todas las pasiones violentas, y no olviden jamás que deben evitarlas á toda costa, porque si las dan cabida tan solo una vez en su alma, aun cuando tengan la fortuna de sofocarlas, les dejan mas adelante las huellas del remordimiento y de la agitación. ¡Dichosos los jóvenes que han sabido conservarse firmes en el torbellino del mundo, y que sometiéndose á todos los sa-

crificios, no se han desviado jamás de la senda de la virtud, ni han borrado de su corazón los principios, que les estamparon la prudencia y el amor de un padre, la ternura y los afectos delicados de una madre, los cuidados y las precauciones de un sábio maestro! Estos jóvenes, en cuyo interior se conserva siempre viva la santa llama de la virtud, pueden ser comparados á los vasos preciosos, que contienen aromas, cuyo olor no ha podido disipar la atmósfera, que les rodea, aunque agitada por vientos borrascosos. No olviden los jóvenes que la ambición engaña, y que todos los placeres de la vida tienen menos fuerza que los principios de la moral para darnos felicidad. Las pasiones seducen, pero dejan un gran vacío en el corazón si se separan de la virtud. ¡Dichosos los jóvenes, que tienen buenos padres, maestros sábios y un amigo verdadero, cuyas amorosas insinuaciones pueden inspirarles aquellos sentimientos, que nos convierten en ídolo de nuestros semejantes, porque nos pintan con colores verdaderos y sencillos los vicios y las virtudes! El que da oído á la voz consoladora de un verdadero amigo; el que da oído y escucha atentamente sus buenos consejos; el que sigue sus huellas, llega con certeza á un puerto de salvación. Este amigo será indulgente, pero procurará poner freno á los ímpetus de las pasiones desarregladas; sus reconvenciones serán esparcidas de miel y de flores, y su conducta será un espejo fiel en que podrán reflejarse los jóvenes sin temor de ver empañados y contrahechas las facciones de su rostro. El que tiene un buen amigo posee un tesoro, y no olvidemos que Telémaco debió su felicidad á su amigo Mentor.

La violencia de nuestras pasiones podemos compararla á los rayos abrasadores del sol, y así como para evitar su calor molesto buscamos la sombra de un árbol frondoso, nos vemos obligados, para remediar la fuerza de nuestras pasiones desarregladas, á buscar en la espinosa carrera de la vida, el abrigo de la virtud, que podemos comparar á un gran árbol, cuyas ramas espesas se extienden á todas las clases de la sociedad, y cuyo tronco tiene sus raíces en el terreno, que ha preparado de antemano una buena y esmerada educación. La edad madura es el tiempo de la recolección, y el que no ha sembrado buen trigo, durante su juventud, no recogerá mas que zarzas y malezas. Pero despues de estas comparaciones alegóricas, que tienen mucho aprecio, aunque muy repetidas por eminentes escritores, no tan solo por su colorido poético, sino tambien por ser muy adecuadas y bien traídas, vamos á presentar á los lectores la viva pintura, que nos ha dejado de la edad adulta el conde de Ségur, variando algunos de sus conceptos y algunas de sus frases para que tenga un colorido uniforme á nuestro estilo, y á algunas de las ideas que hemos anteriormente espuerto. «En esta edad, dice el autor citado, el hombre ha adquirido una existencia toda propia, y ha sufrido física y moralmente una mudanza completa. Sus cabellos negros, su barba espesa, sus facciones pronunciadas, y su tez, que tiene mucho de viril, nos anuncian el complemento de sus fuerzas, y que la ligereza y las gracias han cedido el lugar á una gravedad severa. El hombre adulto no se deja arrastrar por el capricho y calcula muy detenidamente su felicidad y su porvenir. En su primera juventud anhelaba brillar en las tertulias; pero hoy desea algo mas, porque conoce que el hombre ha nacido, no solo para gozar, sino para ejercer cierta superioridad, fruto de un verdadero mérito. Si se entrega á los estudios, pretende con ingenio atrevido medir el

cielo y la tierra, y se esfuerza en penetrar los secretos del primero, y las leyes misteriosas de la segunda. En su corazón ha echado raíces muy hondas la ambición y tiene mas orgullo que vanidad; sus deseos no son tan vivos como los que le atormentaban en su juventud; pero sus pasiones tienen mas fuerza, porque se apoyan en el cálculo. La edad adulta es la de las grandes empresas, es la en que el hombre manifiesta toda su grandeza y fuerza, tanto en sus vicios como en sus virtudes.»—Pero esta tercera época ¿no tiene por su punto de apoyo las ideas que la primera educación ha grabado en lo profundo del alma en nuestra juventud? Si estas ideas la han separado de todos los vicios, y la han dirigido por el camino de la buena moral ¿el hombre adulto no se verá en el caso de ser útil á su familia, á sus amigos y al estado á que pertenece? El ilustre Bossuet, cuya fama resuena en uno y otro hemisferio, despues de habernos dado una idea de los hechos mas notables de la historia, completa su cuadro con una elocuente descripción de la mucha actividad del hombre en todos los cargos y destinos que ocupa en el globo que habitamos. Este trozo, muy elocuente, merece ocupar estas columnas, porque nos dá á conocer, aunque indirectamente, que el ejercicio de todas las virtudes sociales y los sentimientos de la buena moral pueden únicamente proporcionar felicidad á los Estados. Hé aquí las palabras de Bossuet: «¿Cómo puedo presentar la mucha variedad de costumbres é inclinaciones, que distinguen á los hombres de los varios países? Contemplemos los diversos empleos en que se ocupan. ¡Oh Dios eterno! ¡qué extraña confusión, qué algazara, qué mezcla y conjunto de cosas! Si fijo mis miradas en las ciudades, no sé en qué parte detener mi vista, porque son muy grandes las diferencias que en ellas descubro. El gobierno, la judicatura, las letras, el tráfico, las faenas agrícolas, la guerra etc., han dividido los ánimos en obras tan grandes como distintas. Este se agita en el foro; aquel maneja los negocios públicos; otros despachan en sus tiendas muchos géneros: no puedo considerar sin asombro toda esta multitud de artes y oficios, toda esta multitud de obras diversas, y toda esta cantidad innumerable de máquinas é instrumentos, qué se emplean en tantas y tan distintas maneras. Toda esta diversidad de cosas agobia mi espíritu, y casi dudaría que las invenciones del hombre son tan abundantes; ni me sería posible imaginarlo, si la experiencia no me lo demostrara. Si dirijo mis miradas hacia el campo, descubro tambien mucho movimiento y no menos ocupaciones. Nadie está sumido en el ocio, y cada cual se entrega á la actividad y á los ejercicios. Este construye algun instrumento, aquel manda cabar la tierra, otro cuida de todos los trabajos campestres, y otro cultiva y hermosea sus jardines. Todos trabajan en el campo; los unos con el intento de adornarlo, y darle un aspecto encantador; otros para remediar las necesidades de su propia familia. El mar, que parecia haber sido destinado por la naturaleza á someterse únicamente al imperio de los vientos, y á ser habitado por los peces, está dominado por el hombre. Se han edificado ciudades fluctuantes, que encierran colonias de pueblos vagabundos; los cuales, sin otro amparo que el de una madera frágil, se atreven á arrostrar el furor de las tormentas sobre el mas inconstante y pérfido de los elementos. Por do quiera se me presenta este espectáculo de movimiento, de agitación y de duros ejercicios; y no hay paraje en que la industria humana no despliegue toda su fuerza y

actividad.»—Pero el ejercicio de tantas y tan distintas ocupaciones, como nos las describe Bossuet con elocuente pluma, ¿no necesita dos cosas importantes, el amor al trabajo y el escrupuloso desempeño de nuestros cargos y nuestras profesiones? Si nosotros, pues, nos hemos entregado en nuestra juventud á la disipación y á la holganza, y si lejos de haber aprendido los principios de la buena moral y habernos distinguido por la pureza de nuestras costumbres é intenciones, nos hemos dejado arrastrar por la fuerza de los vicios ¿podremos ocupar un puesto preferente entre nuestros semejantes? ¿podremos defender y tutelar sus derechos? ¿podremos distinguirnos por nuestra actividad y honradez? El abogado de corazón corrompido engañará á sus clientes, y en vez de poner en juego toda su habilidad para defenderlos, procurará alargar los pleitos para que sea mas cuantiosa su ganancia; el hombre de Estado, que carece de luces y honradez, mirará con indiferencia los negocios públicos, ó como un instrumento que pueda servirle para aumentar su fortuna; los mercaderes codiciosos y ruines echarán mano de todos los ardides y embustes para lograr mas ganancia de la que corresponde á su tráfico.

Si un hombre de ánimo pervertido se dedica á los estudios científicos ó literarios, sus elucubraciones serán muy perjudiciales á la sociedad, porque propagará ideas subversivas, contrarias á los intereses del Estado, á la religión y á la pureza de las costumbres, como lo demuestra la experiencia, si paramos mientes en las obras impías que salen de la pluma de escritores que, lejos de haber bebido en las fuentes puras del catolicismo y de haberse atenido á las doctrinas del Evangelio de Cristo, ó que están depositadas en las páginas de los verdaderos sabios, han empleado sus desvelos en atesorar una erudición incrédula, y un gran caudal de conocimientos contrarios á la religión y á la buena moral. El hombre adulto, pues, destinado á figurar en la sociedad por la grandeza de sus actos, por el desempeño de los destinos que ocupa, por el ejercicio de todas las virtudes públicas y domésticas, debe poner en juego todos los medios que están á su alcance para convertirse en un verdadero modelo de buen ciudadano, de patriota fervoroso y de buen padre de familia.

En las tradiciones histórico-mitológicas de la antigua Grecia hallamos una alegoría hermosa y fantástica de la infancia, de la juventud y edad adulta, y de la vejez del hombre. Dícese que en Tebas apareció un monstruo de figura terrible, llamado Esfinge, cuyo rostro tenía algo de humano. Este monstruo devastaba el territorio de aquella ciudad tan célebre, y proponía á los que se le acercaban este enigma: «¿Qué animal en su aurora anda en cuatro piés; llegado el medio día en dos; y al comenzar del crepúsculo en tres?» Devoraba á los que no sabían adivinarlo, y prometía desaparecer y abandonar á Tebas tan luego como se hallara un hombre que adivinase el enigma. Con efecto, se precipitó en un abismo profundo, y no dejó rastros de su existencia, cuando el desventurado Laio dijo á la Esfinge: «El animal que propones como un enigma, es el hombre, que en su infancia apoya en el suelo sus manos y sus piés, y se arrastra porque no puede sostenerse derecho; el mediodía es su juventud y edad adulta, entonces anda en dos piés; llegado á la vejez, crepúsculo de la vida, se apoya en su báculo y anda en tres piés.»

Esta alegoría mitológica es, á nuestro entender, tan fan-

tástica como filosófica y profunda, y podemos aplicarla en los mismos términos al hombre moral. La aurora tiene en sí misma una hermosura inesplicable, como la edad infantil, porque las tinieblas, que huyen al aparecer los rayos del sol, y recrean nuestra vista, tienen cierta semejanza con los encantos, que nos inspira en el corazón la inocencia de la infancia. Cuando el astro alumbrador del día está en el punto mas elevado del firmamento, y sus rayos calurosos dan vigor y fuerza á lo creado, puede compararse á la juventud y á la edad adulta, en que el hombre, que tiene el pleno ejercicio de todas sus fuerzas intelectuales, lo domina todo. El crepúsculo tiene un tinte pacífico y suave; pero lánguido y moribundo, y podemos compararlo á la vejez, en que el hombre, no agitado ya por la fuerza de sus pasiones, se acerca con calma á la fría losa, destinada á cubrir sus cenizas. En esta edad la existencia se desvanece como la luz del día; en esta edad las ilusiones han pasado, y se cubren de un velo negro y sombrío, como todos los objetos de la naturaleza al acercarse las tinieblas; en esta edad la idea de la justicia divina se presenta á nuestro espíritu tan terrible como el caos, cuya imagen nos dá la noche.

Pero siguiendo nuestra alegoría, se nos presenta tambien bajo otro punto de vista mas conforme al hombre moral. La aurora de un hermoso día se diferencia sobremedida de la en que el horizonte, cubierto de agolpadas nubes amenaza una próxima tempestad; la primera aurora es la imagen de una infancia, que es precursora de un carácter suave é inclinado á la virtud; la segunda, que se anuncia con colores tristes y sombríos, nos dá á conocer que la infancia misma suele manifestarse algunas veces precursora de una índole siniestra y dura. El sol sobre el meridiano, que alegra la naturaleza en nuestros climas, es muy parecido al joven y al hombre adulto, que cooperan con todas sus fuerzas á la felicidad de sus semejantes, practicando todas las virtudes sociales, y siguiendo el impulso de las buenas pasiones; pero este mismo sol, que en otros climas muy cálidos agosta las mieses, y destruye los gérmenes de la vida, es muy parecido al joven y al hombre adulto, que se dejan arrastrar por una índole perversa y por sus vicios, perjudicando á sus semejantes. El crepúsculo, que al ponerse el sol, dá al horizonte un tinte pálido y suave, aunque nos priva de la hermosura del día, nos infunde una tranquilidad placida, que parece anunciarnos que el hombre puede tener tambien un reposo de bienaventuranza y dulzura en el sepulcro; pero el crepúsculo, que cierra un día tempestuoso, nos anuncia, por el contrario, una noche terrible y oscura como el caos en que se aniquila toda existencia. El primer crepúsculo es la imagen de la vejez del hombre virtuoso y benéfico; el segundo es la imagen mas fiel y verdadera de una vejez réproba, agobiada por el peso de la infamia y de la ignominia.

El anciano que, lejos de aspirar á distinguirse con futilidades juveniles y chistes ridículos, reprobados con dulzura, y sin elevarse á censor indiscreto, los defectos de la juventud, infunde respeto en el ánimo de los jóvenes, que no observan una conducta ejemplar. Pero para que las palabras de este anciano logren el laudable intento de corregir nuestros vicios, es menester que estén en perfecta armonía con los testimonios de una virtud pura, que le haya sido compañera fiel en todas las épocas de su vida anterior. Si se nota lo contrario, los jóvenes rechazarán con desden sus amonestaciones, y lanzarán con amarga sátira estas palabras contra su censor:

«Ahora que el mundo lo ha abandonado, y que no resuena mas á sus oídos que la voz de la muerte, pretende darse importancia con sus consejos importunos, y con reprobar nuestra alegría.»

SALVADOR COSTANZO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL CAPITAN ALONSO DE CÉSPEDES.

I.

Los obstinados protestantes de Alemania, acaudillados por el elector Federico de Sajonia y por Felipe, Landgrave de Hesse, habian producido tal agitacion, en aquellos antes tan pacíficos estados, y habian fomentado de tal manera el fuego de la rebelion, que todos los esfuerzos de un don Fernando de Toledo, duque de Alba, habian sido hasta entonces insuficientes para apagarle. Fué pues, preciso que el invicto emperador Carlos V, abandonando por lo pronto otras empresas á que su marcial ánimo le incitaba, acudiese á conjurar por sí mismo aquella furiosa tempestad y á humillar para siempre la soberbia de los luteranos, llegando por fin, despues de varias funciones de guerra, á una muy decisiva á orillas del rio Albis en 24 de abril de 1547.

La posicion de ambas partes beligerantes era sin embargo muy diversa, y así como los católicos imperiales estaban sin reparo alguno á la orilla del rio, sufriendo toda la inclemencia del temporal, los protestantes se hallaban á la orilla opuesta bien cubiertos en sitio fortificado y disponiendo de buena artillería. Pudieran los espanoles pelear cuerpo á cuerpo con los enemigos y pronto, bien pronto, se decidiria el éxito de la jornada, mas todo el ardimiento de los católicos estaba contenido por obstáculos materiales, y en vano la caballería, reconociendo el rio arriba y abajo, habia procurado encontrar algun vado practicable.

Esta situacion que se prolongaba demasiado, tenia al César inquieto y sin saber cómo salir de tan grave compromiso, en que ni era posible avanzar, ni menos retroceder. Disgustado y pesaroso, habíase retirado á su tienda, dando orden de que nadie viniese á molestarle, cuando á pesar de tal prohibicion, se presentó á poco rato el jefe de la guardia, diciendo que un capitán español deseaba hablarle.

—Bien os dije, repuso el emperador, que no deseaba recibir á nadie.

—Señor, se atrevió á replicar el jefe... es el capitán don Alonso de Céspedes.

—¡Ah! exclamó al instante el emperador: entonces que entre.

Presentóse airoso y gallardo el capitán español, y despues de hacer acatamiento al emperador y de besar la mano que éste le tendió sin tardanza, le pidió permiso para pasar á nado el rio con otros diez ó doce hombres resueltos, con los que ya contaba, y traerse las barcas que en cierto sitio tenia escondidas el enemigo en el lado opuesto.

—En semejante empresa, contestó tristemente el emperador, vuestra muerte es mas segura que el logro de lo que intentais.

—Espero, señor, conseguirlo, dijo Céspedes, y en todo caso, ¡qué importan diez ó doce vidas, donde sobran tantas y tan buenas!

—Id, valientes, id: exclamó resueltamente el emperador, levantándose y apretando con efusion la mano del capitán. Haced cuanto cumple á vuestro propósito, que despues, si el éxito fuere cual yo deseo... yo tambien sabré lo que debo hacer.

Solo nueve espanoles se atrevieron á arrojarle con el capitán Céspedes á la corriente del Albis en noche oscura y tempestuosa, cuando las aguas bajaban mas rápidas y ruidosas. Casi del todo desnudos y llevando las espadas en la boca, contrarrestaron con esfuerzo sobrehumano todo el empuje de las aguas y llegando todos á la orilla opuesta, pusieron la mano sobre las barcas y saltando prontamente á ellas, cayeron con inusitada furia sobre los enemigos que indolentemente las guardaban.

La aparicion repentina de aquellos hombres saliendo desnudos del agua tenia algo de fantástica, y los enemigos solo se convencieron de la realidad, al sentir los golpes mortales que les descargaban. Entonces trataron de salvarse los que pudieron, produciendo una estraordinaria alarma en su campamento, sin que esto pudiese impedir el que las barcas, desprendidas y guiadas por los espanoles, bogasen ya hacia la orilla opuesta, protegida esta maniobra por los arcabuceros imperiales que á golpe seguro disparaban contra los enemigos que en masa se dirigian hacia el sitio en que estuvieron las barcas.

El resultado de esta hazaña fué el que no podia menos de esperarse: los espanoles lograron verse en la orilla opuesta, frente á frente de sus implacables enemigos, y entonces el ejército católico obtuvo una señalada victoria, con grande escarmiento de los luteranos, quedando prisionero su principal jefe el duque de Sajonia, y aun el mismo Landgrave de Hesse, perdida ya toda esperanza, vino á postrarse á los piés del César que, generoso, sí, pero tambien político, le concedió la vida á costa de la libertad.

II.

El lauro principal de esta victoria fué para don Alonso de Céspedes, á quien en gran parte era debida y que acrecentó en esta ocasion la fama que ya tenia de valiente y de cumplido caballero. Era el capitán Céspedes natural de la villa de Horeajo, donde habia visto la luz primera en el año de 1518, siendo hijo de Gabriel de Céspedes y de María Flores de Quirós. Bien hubieran querido los padres que permaneciese constantemente á su lado sin esponder su vida á los trances peligrosos de la guerra; pero el hijo manifestó desde pequenito una inclinacion decidida á la carrera de las armas, y cuando jóven se entusiasmaba grandemente al escuchar la narracion de las conquistas y victorias de los ejércitos espanoles, y sobre todo de las proezas individuales, que eran muy frecuentes entre los guerreros de aquella época. Así es, que despues de haber aprendido todos los ejercicios de un cumplido caballero, marchó con el duque de Alba á la guerra de Italia y se distinguió de tal manera, que á poco tiempo ya logró una jineta. Siempre que habia

algun grave peligro que arrostrar, ó algun obstáculo insuperable que vencer, allí estaba don Alfonso de Céspedes, rayando su arrojo las mas de las veces en temerario, como cuando fijó el primero la bandera sobre la muralla en la toma de Mansfeld, plaza fuerte de la baja Sajonia.

Contribuia en gran manera á los triunfos de don Alonso la fuerza prodigiosa que en él empezó á manifestarse desde los seis años de edad, y que llegando despues á todo su desarrollo, le hacia detener la rueda de un molino contra la corriente, y que varios hombres no le pudiesen mover de su sitio por mas que tirasen á la vez de la pica que él tenia empuñada con sola la mano derecha. En cierta ocasion arrancó de la pared una pila de agua bendita para servir á una dama, y en otra detuvo al borde de un precipicio, un carro cargado que se despeñaba con sus dos mulas. En Toledo cogió y tiró á un tejado á un desdichado alguacil que se atrevió á decir le entregase la espada, pero ninguno de estos lances fué tan ruidoso, como el ocurrido en Madrid, cuando el príncipe don Carlos quiso ser testigo de alguna de las proezas de Céspedes. No quiso éste hacer entonces alarde de su fuerza física por ser una ventaja natural, sino que deseando mas bien dar pruebas de su valor y presencia de ánimo, pidió que le soltasen un tigre real que de la India habian traído de regalo á la corte hacia poco tiempo. Viéronse pues frente á frente y en sitio cerrado al intento, el animoso capitán y la rabiosa fiera; pero esta, en lugar de lanzarse de improviso, y cual si conociese el rival que entonces tenia delante, empezó á agazaparse hácia el suelo arrastrándose de costado, como para atacar de flanco y al descuido al capitán; mas éste que no era novicio en tales casos, estaba alerta, dando siempre frente á la fiera y con el estoque bien preparado. Al fin el tigre se paró, y acurrucándose horizontalmente con sordo gruñido, fijó sus encendidas pupilas en el sereno capitán. Todos cuantos presenciaban la escena estaban pálidos y consternados, y no pudieron contener una exclamacion al ver que el tigre, dando un brinco impetuoso, se arrojaba sobre Céspedes. Calculó éste el efecto de aquel salto y bajando á tiempo una rodilla recibió á la fiera en la punta del estoque con tan certero empuje, que el tigre, dando un rugido espantoso, cayó á tierra traspasado de parte á parte. Entonces don Alonso recibió el mas unánime aplauso, y el príncipe no se contentó sino con estrecharle entre sus brazos, dirigiéndole espresiones lisonjeras y preguntándole tambien.

—Pero, si no hubiéseis acertado al tigre, ¿qué hubiérais hecho?

A lo que don Alonso contestó, con la mayor naturalidad:

—Hubiera luchado con él á brazo partido, hasta ahogarle entre mis brazos.

III.

Era la época en que la insurreccion que habia estallado en las altas montañas de la Alpujarra, despues de cundir prodigiosamente por todas las asperezas, se propagaba tambien á la llanura y amenazaba llegar hasta las mismas puertas de Granada. Quejábanse y con razon los moriscos de que se les habia faltado á capitulaciones solemnemente estipuladas, y de que eran continuamente inquietados en sus propiedades, su culto y sus costumbres. A las quejas y descon-

tento general sucedió bien pronto la resistencia armada, y la sublevacion tomó tales proporciones, que llegó á poner en el mayor cuidado á los experimentados capitanes de Felipe II.

Confiaban los moriscos rebeldes, no solo en sus hermanos de Africa, que habian de venir á su auxilio, sino tambien en lo divididas que estaban entonces las armas españolas por atender á las guerras que habian estallado en Flandes y otros puntos de la tan dilatada monarquía. Pero, como es sabido, el rey don Felipe II tuvo buenos capitanes y buena gente para todo, y sin hacer mencion de los muchos jefes subalternos que á las órdenes de don Juan de Austria contribuyeron á sofocar la rebelion de los moriscos; es preciso hacerla de don Antonio de Luna, bajo cuyo mando militaba, entre otros hombres de cuenta, el insigne capitán Alonso de Céspedes.

Muchos rasgos de valor heroico ocurrieron en esta guerra de las Alpujarras, que pasaron desapercibidos solo porque se verificaron en el interior de aquellas asperezas, y allí vinieron á terminar su larga carrera militar, con una muerte ignorada aunque gloriosa, los que habian hecho respetar el pabellon español en todos los confines de la tierra. Uno de estos esclarecidos varones fué el capitán Céspedes que, despues de haberse distinguido en el asalto y toma del fuerte de Frigiliana, donde fijó el primero la bandera sobre el muro, era tambien el primero en los reconocimientos mas peligrosos y en los avances que don Antonio de Luna mandaba dar hácia lo mas intrincado de la sierra.

Despues de haber sorprendido en una madrugada al lugar de Pinillos, ocupado por los rebeldes, intentó un reconocimiento hácia los pueblos de Restabal y las Albuñuelas, mas al llegar á una quebrada entre estos dos pueblos, se vió de improviso sorprendido por un considerable número de enemigos, acandillados por el famoso Rendatí. Era de tal naturaleza aquel terreno, que el mas experimentado capitán podia ser víctima de una sorpresa, no habiendo medio de registrar de antemano todas las revueltas de los cerros. Los que acompañaban á don Alonso no pudieron resistir al primer movimiento de sorpresa y al verse amagados por tantos enemigos y al distinguir á su feroz caudillo, trataron de salvarse por medio de una pronta retirada; pero esta vergonzosa determinacion mal se avenia con el carácter altivo del capitán Céspedes, y con su costumbre nunca desmentida de jamás volver la espalda al enemigo. Mientras los demás volvian cobardemente la espalda, él siguió imperterrito hácia los moros, gritando á los suyos:

—¡Seguidme, seguidme!

Mas solo unos veinte hombres, tan valientes como punzoneros, fueron los que le siguieron y se conservaron constantemente á su lado. No dudó un momento don Alonso de la suerte que á todos esperaba y mirando lleno de amargura á sus animosos compañeros, les dijo con entusiasmo:

—Es llegado el momento de hacer el último esfuerzo, y aunque yo muera no desmayeis por eso, antes bien, seguid con ánimo esforzado esta empresa generosa que habeis acometido.

No tuvo tiempo para mas: el choque de los moros fué terrible, porque se habian envalentonado mas y mas al ver el corto número de los que osaban resistirles; pero terrible aun mas fué la desesperada resistencia de los cristianos,